

es el buen afecto mío. Mi antiguo librero ha mudádose del malecón de los Agustinos, donde estaba, á la calle Prince; y como la manobra de mudar una librería no es cosa muy sencilla, no ha tenido tiempo de leer mi manuscrito y que conservo aún en mi poder y que hubiera querido estuviera ya calificado al escribir ésta, para poderle dar á vd. una noticia segura. Como si se publica será anónimo para no atraerme la atención, suplico á vd. que nada diga de él á nadie. Lo que no tiene duda que publicaré es un *Suplemento al Diccionario de la Lengua castellana por las voces que se usan en la República de México*: tengo ya recogidas más de mil doscientas voces y trabajada la definición de unas cuatrocientas, y como le doy día y noche, no acabará el invierno sin que lo vea cumplido.

~~~~~

## Una confesión

Sr. Lic. D. Ignacio Alas.

Paris, Octubre 22 de 1840.

Mi muy amado señor de todo mi respeto: tales como son mis impresiones al recibir y acabar de leer la. . . (no sé un término bastante expresivo con que llamarla), la de vd. fechas de Julio y Agosto, quiero trasladarlas en el instante mismo á fin de abrir á vd. mi corazón, pues á nadie debo con más justicia hacer sabedor de su actual estado; y lo primero de que me ocurre hablarle es mi vergüenza y mi arrepentimiento, no de haberme venido, sino del modo con que lo hice. La resolución de venir, por disparatada que sea ó parezca, no me vino, sino después de largas reflexiones; pero la pena que he causado á vd. por mi torpeza en efectuarla así, es lo que me avergüenza y mortifica.

Aunque la natural sagacidad de vd., avivada por su cariño hacia mí, no le hubiera hecho conocer tan acertada y oportunamente la realidad de los sucesos, yo no insistiría en hacer verosímil mi mal forjado cuento, sin que me

faltan por tanto datos de pequeños incidentes con que pudiera apoyar su verosimilitud, pretender su posibilidad y asegurar su realización. Si tal hiciera, conseguiría, por lo menos, excitar en vd. algunas dudas y preferiría esta confusión al desprecio que seguramente inspira á vd. el ridículo en que me he puesto, el carácter de disimulo y falsedad que desgraciadamente tomé en este negocio, y, sobre todo, la desconfianza con que en lo sucesivo miraría mis acciones. Conseguiría igualmente ahorrarme las confesiones que contendrá ésta; y son de tal naturaleza, que me será bien penoso hacerlas; pero el insondable fondo de bondad que luce en toda su citada, exige por mi parte una sincera manifestación que explique los motivos de mi conducta; ya que no puede reparar los disgustos que ella causó á vd.

La última vez que me fuí de esa ciudad para mi casa, ahora un año, recordará vd. que fué en compañía de Serrano. (1) Entonces se me manifestó éste como un verdadero amigo y me acabó de confirmar en la idea que ya yo tenía de que Blas (2) lo era mío, y muy sin-

(1) D. José Consuelo Serrano, su amigo íntimo. Al ser diputados al Congreso General, expidieron juntamente un manifiesto á sus electores el 31 de Octubre de 1845.—

NOTA DE A. P.

(2) D. Blas Villanueva llegó de México á la hacienda de

cero. Nueve años de haber tratado á éste diariamente, de haber sondeado su carácter y conocido bien, según creo, sus buenos sentimientos, me lo habían hecho considerar como tal; pero ninguna prueba me había dado que yo calificara de más convincente, que la que emprendió por medio de Serrano. Sin decir á éste el verdadero estado de mis negocios, pues entonces ni el mismo Blas los conocía á fondo, lo empeñó á predicarme sobre mis necias liberalidades, á abrirme los ojos sobre el abismo á que me conducirían tarde ó temprano y á hacerme abrazar una reforma en toda mi conducta, cuya base fuera la economía y su alimento el trabajo. Pero ya era tarde; el abismo ya estaba abierto y yo me hallaba á su borde tan incapaz de retroceder, como un suicida, y tan sin medios de hacerlo, como un insensato. Sus consejos produjeron solamente una parte de su objeto: la de fijar mi atención; y sus resultados fueron estos:

---

Buenavista, anexa á la de Pateo, en donde le proporcionó trabajo de velador el mayordomo D. Juan Franco. Andando el tiempo, debido á su laboriosidad y honradez, ocupó el puesto de administrador de Pateo; más tarde llegó á ser socio de D. Melchor en la hacienda de Pomoca.

Cuando fué gobernador de Michoacán el Sr. Ocampo, desempeñó D. Blas el cargo de Prefecto Político de Maravatío.

Falleció el año de 1867. Era de ideas liberales.—NOTA DE A. P.

Sin recursos con que cubrir mis deudas, iba bien pronto á aparecer en mi verdadero carácter, es decir, como un mentecato que, en parte por una tonta vanidad, en parte por una mal entendida beneficencia, había preferido en los tres últimos años cumplir las obligaciones que sus pródigas promesas le habían contraído, más bien que atender á las sagradas de su verdadero deber. Había insensiblemente granjeádome una tal reputación de generoso, que no había semana, y en algunas ni día, en que no se me presentara una nueva demanda. Los elogios que recibía de los que me querían, que no veían en mis acciones sino su lado menos malo, las adulaciones de los interesados y hasta la reprobación de algunos vecinos juiciosos me impelían á precipitarme; y débil é incapaz de decir un *no*, ni podía cortar el mal en su origen, ni veía en lo futuro sino humillaciones amargas, arrepentimiento tardío y merecido oprobio. Preveía la burla de mis mismos favorecidos, el desprecio de las personas sensatas, la justa persecución de mis acreedores y todo el ridículo y toda la amargura que esto debía causarme.

Era, pues, indispensable, evitar con tiempo todo esto, y el único medio que mi acalorada razón encontró fué venirme. Esta idea, que me

ocurrió en los últimos días de Enero, me fijó, porque me presentaba, al par que las ventajas de remediar mi posición, los medios de satisfacer este deseo tanto tiempo ha formado y que no debía realizar si consultaba la prudencia ordinaria de la vida. No fué, pues, el solo deseo de aprender, como vd. supone benignamente, lo que me movió; al contrario, puedo asegurar para mi mayor vergüenza, que esta era una razón secundaria que apoyaba las otras, y no la principal que me determinaba. Así, una de las cosas que más me ha ruborizado al leer la de vd., es esta suposición honorífica que le sugirió mi cariño y que estoy tan lejos de merecer. Una vez lejos de mi patria, me decía yo, puedo pasearme en el rango á que mis desaciertos me obligan á tomar aquí, adquirir el hábito del trabajo, que nunca he tenido arraigado y que la falsa prosperidad de los últimos años me ha hecho perder, y dar lugar á que las economías de la hacienda, en un tiempo largo, sean capaces de balancear mis despilfarros. Conseguido esto, volveré á mi país, le seré útil con lo que haya aprendido; la solidez que mis principios adquirirán en la infalible escuela de la desgracia, me hará guardar una conducta honrada que me concilie mis acreedores, me forme buenos ami-

gos y haga olvidar mis antiguas faltas; presentado de nuevo en mi antiguo teatro como un hombre que ha sufrido, nadie interpretará mal la mudanza que me propongo en mi carácter, y los pedigüeños cesarán de considerar como irrecusable derecho para ser servidos por mí, el solo acto de decirme que lo necesitan. Yo consideraba esta idea como una inspiración del cielo; pero el modo de ponerla en planta y ordenar algo mis negocios, me atormentaron casi tanto, como los cuadros que me habían hecho adoptarla. Una melancolía profunda, un aire abatido y una continua distracción alarmaron á mis conocidos, y aun hubo pocos que no llegaran hasta preguntarme su causa. No dormía, no comía, me enfadaba la sociedad, y la convicción de que había faltado á muchos deberes como heredero, como deudor y como corresponsal me perseguía, como al asesino la sombra de su víctima. No hay, señor, peor tormento que el desprecio fundado de sí mismo.

Lo principalmente necesario era imponer á Blas de todos los pormenores de mis negocios; cosa fácil si se atiende á la intimidad con que lo trataba, al viso de desahogo amistoso ó consulta ú orden, según lo exigía el caso, que podía dar á mis instrucciones y al conocimiento que tenía él de todos los antecedentes. El ne-

gocio que principalmente me afectaba (el pago de los seis mil pesos), estaba á mi entender al corriente con la venta del ganado del modo que pensaba hacerla; y sobre esto tenía Blas cuantos pormenores podía desear. Hacer un testamento nuevo era otro artículo que yo juzgaba indispensable por si la Providencia disponía de mis días, y consultarlo con vd. era la última idea que podía ocurrirme en aquellas circunstancias, así como habría sido la primera en todo otro caso, porque á más de dar ocasión á excitar las sospechas de vd. sobre mis proyectos, el contenido de él, hubiera tal vez parecido una diestra manera de captarme su benevolencia, y mi corazón se estremece de repugnancia á la idea de esta especie de carambolas y dobleces que desdeña mi carácter, á pesar de la falta de franqueza con que he procedido en venirme. Mucho me dió que pensar el modo de hacerlo, pues preveía que semejante paso pudiera dar alarmas; pero había consideraciones poderosísimas para otorgarlo, y entre otras no influyó poco la de dejar á Nacho y á Matilde (1), que yo considera-

---

(1) Hijos del Lic. D. Ignacio Alas. D. Nacho, siendo Cónsul de México en Chicago, dejó de existir el 20 de Marzo de 1889. Doña Matilde, nacida en Guadalajara, falleció en México en Enero de 1887.

ha como mi familia, sin padre y sin amigo, si Dios, por una coincidencia que nada tendria de maravillosa, nos llamaba á vd. y á mí á un mismo tiempo.

Restábame procurarme los medios de verificar el viaje, y aunque no tenía un tlaco, la bolsa de Balbuena, la de Esteves y mis vecinos antiguos los Retana (1), que me abonaron un pico atrasado, me proporcionaron cerca de trescientos, único capital con que me aventuraré. Pero esto apenas bastaba para llegar, dirá vd.; así era y así lo sabía yo; mas mi resolución de venirme no era para darme una buena vida, sino para hacer una especie de penitencia provechosa; y creí que, cuando hay una verdadera voluntad de trabajar, no puede morir de hambre quien la tiene, y que llegando á París hallaría luego en qué ocuparme. Sobre esto segundo me engañaba mi ignorancia sobre el estado actual de esta ciudad, como diré después. Así, la antevispera misma de salir de casa, compré en Bravo trigo para las panaderías de San Juan y de la hacienda, con dinero que había recibido de aquel pueblo desde antes, y cuando pasé por él no quise

(1) D. Antonio y D. Patricio Balbuena, D. Cristóbal Esteves, recaudador de diezmos, y D. Vicente Retana, vecinos de Maravatío.—NOTA DE A. P.

pedir á Félix ni un medio real de cuatrocientos pesos que sabía tenía en caja.

Fué, pues, la idea, no menos que la ignorancia ya dicha, lo que me determinó á salir sin más recursos; y si en México pedi á vd., fué porque los quince pesos me ayudarían á vestirme, pues traía casi sólo lo encapillado; pero no quise ni aprovecharme de los sesenta de *Sasur*, ni abusar nuevamente de la extrema complacencia con que siempre me ha prestado vd. sus cortos fondos, que para mí han sabido agrandarse siempre que el caso lo ha exigido, ocasionándole así penas y compromisos que no se toma ni por sí mismo.

Preciso era, además, hacer saber á vd. mi salida y encargar á Blas la hacienda, y aquí comienza lo más torpe y absurdo de todo este indigesto negocio. Pero ya vd. sabe esto, y así le diré solamente que en la agonía de aquellos momentos, pues con justicia puedo llamar así todo mi viaje, especialmente hasta Veracruz, no encontré otro medio que la ridícula carta escrita á Blas; y sin reflexionar mucho sobre sus consecuencias y la naturaleza misma de ellas, mi torpeza llegó hasta el punto de hacerla calificar de suficiente.

Sobre no haber dado á dicho Blas instrucción alguna sobre las relaciones que debía con-

servar con vd., confieso que no tengo que decir, y que sólo los sucesos de que vd. me informa, y que sólo creo porque vd. los dice, (tan absurdos así me parecen) me han manifestado la necesidad y conveniencia que hubiera habido en dictárselas. Testigo él mismo de mis sentimientos hacia vd. y sabedor á fondo de como sobre esto pienso, ni me ocurrió que fuera necesario decirle que consultara y siguiera el dictamen de vd. En verdad no podia imaginarme que quisiera mostrarse en esto superior á mi mismo.

Aun ahora que sé sus desaciertos y los de (nana Anita) (1), íntimamente convencido de que ambos aman y respetan á vd. como deben, no puedo entenderlos, sino atribuyendo al concepto que honradamente se forjarían de que la presencia de vd. en mi casa probaba solamente desconfianza de ellos, y no el cariño poco común que vd. se digna tenerme y la necesaria intervención que le da en mi casa su doble carácter de albacea de mi madrina y padre adoptivo mio, pues ellos saben que así es como lo considero, y están al tanto de la

(1) La señora Ana Guerrero, su comadre, que hizo veces durante largo tiempo de ama en Pomoca y de madre de las hijas del Sr. Ocampo. Tuvo de éste y de los suyos el cariño más entrañable.—NOTA DE A. P.

justicia que para ello tengo. Yo no quiero dejar pasar esta ocasión de decir á vd. á propósito de albaceazgo, lo que he dicho en otras á cuantos han querido oírlo: si todos los albaceas fueran como vd., la mitad de los males domésticos desaparecerían del mundo; ó tomando la reflexión por otro extremo, si vd. fuera como los demás albaceas, no habría recogido de Pateo solo las cargas y disgustos; los nueve décimos de las penas y mortificaciones que vd. ha sufrido desde el año de 31, son el fruto de su encargo. Esta confesión estéril pero ingenua, es un testimonio que yo debo darle de que conozco bien á fondo una parte de lo que vd. ha hecho por mí. Es una extraña pero cierta prerrogativa de la beneficencia: hacer un bien acarrea generalmente la necesidad de hacer otros; y tal vez por esta convicción hay tan pocos que hagan el primero. Pero seguiré:

La conveniencia de persuadir *que mi vendeda era forzada*, es demasiado sensible. Si conseguía hacerla creer tal, mis acreedores no me calificarían de tramposo, ni vd. de loco y terco; el retardo que aquéllos sufrirían en sus pagos, les parecería una consecuencia natural del trastorno que mi *desaparecimiento* debía causar en mis negocios y no un mal fon-

do en ellos; lo atribuirían á la ignorancia que supondrían en vd. de todos los recursos míos, ignorancia fundada hasta cierto punto, y no á mis despilfarros solos: la reputación que bajo ciertos aspectos me había formado, como lo prueban los varios y delicados negocios que en los últimos días me habían confiado como á Juez árbitro, se conservaría intacta, y vd. mismo, si hubiera ignorado todo esto, en vez de tenerme por cobarde y pícaro, como lo merezco, hubiera sólo lamentado la *fatalidad*. Yo no preveía *toda la pena que mi venida debía causar á vd.* y la inquietud de algunos días que yo me figuraba, me era preferible á la pena mayor que vd. tendrá ahora que me ha visto indigno de su cariño y del buen concepto que creo que le debía.

Cuando salí de Querétaro, mis medidas estaban tan bien tomadas, que vd. no hubiera sabido mi *desaparecimiento*, sino al mismo tiempo que mi embarque, por las cartas que me proponía escribir explicando, sino á lo menos en donde estaba yo. Pero cuando me vi en esa ciudad, ya no pude resistir la violenta tentación que se apoderó de mí para ver á vd. otra vez y tomar en mi interior una despedida, que no puedo saber cuanto debe durar: obedecí así un instinto poderoso que no

supe, y tal vez no quise eficazmente resistir. Esto motivó nuevas combinaciones y dió margen á nuevas *mentiras* que me avergonzarán mientras mi memoria me las presente. Por fortuna en el volcán que fermentaba en mi cabeza, olvidé que nuestro cura estaba allí; y llamo á esto fortuna, porque, como lo quiero bien, habría ido á verlo y habría *forjado nuevas historias* y habría cometido nuevas bajezas para distraer su espíritu de mis proyectos. (1)

Llegado á Veracruz, me dirigí en efecto al Sr. Trigueros, como única persona que podía procurarme mi pase, y le conté no sé qué para explicar por qué no lo traía de la capital. Tuve que comprar camisas, zapatos y algunos otros menudos artículos para la travesía, lo que, gracias á los subidísimos precios del puerto, disminuyó bastante mis fondos; armé una riña en la posada, por el excesivo precio que me cobraron, á pesar de que, previéndolo, había tomado en el entresuelo una cama en el cuarto de los cocheros, y pagué ciento ochenta pesos por mi pasaje en la primera cámara, pues no habiendo pasajeros para la segunda, no quisieron por mí sólo establecer el servicio

(1) Se refiere á D. José María Alas, pariente de D. Ignacio, cura de Tlalpujahua, de quien habla conmovido en la página 68 de su obra *Polemicas religiosas*.—NOTA DE A. P.

y fórmulas de ella. Como mi curación no podía ser tan violenta, todavía en el buque *hice una de las mías*. Perdimos en la segunda tempestad un marinero, que el mar arrebató de la proa, y no pudo salvarse, y entonces promoví una suscripción para su familia (era hijo único de una viuda con hijas chicas), encabezándola con ocho pesos; y tuve el *gusto* de que le produjera instantáneamente más de ciento, y en mí la convicción de *que la beneficencia no consiste en dar sino en saber dar*. Pero por *grande que ha sido la falta que me han hecho esos cuarenta francos, nunca me he arrepentido de haberlos gastado, y sí me arrepiento, y mucho, de diez y siete pesos que en último resultado vine á perder en varios juegos de cartas* á que contra mis ideas ayudé en la travesía. En toda ella tuve la fortuna no sólo de no desmentir el carácter de humildad y sencillez que tomé desde el principio, para que no se extrañara mi pobreza, sino también *atraerme*, á pesar de ella, *el cariño de toda la tripulación y pasajeros*; no habiendo tenido con ninguno disensión ni desavenencia, que no faltaron por tanto entre los otros; de manera que llegué á ser término medio de todas las diferencias.

Llegado á Burdeos, supe separarme inmedia-

tamente de las personas cuyas facultades pecuniarias nos hubieran puesto en el caso de hacerme sacrificar á su compañía el ahorro de mis escasos recursos ó de obligarlas á suplir éstos con el gasto de los suyos propios. Convencido de que *una independencia honrada es el goce más satisfactorio de la vida*, pensé en no buscar *más protectores* que mi trabajo, ni más recomendaciones que una *conducta sin tacha*, y sin los incidentes de que ya tiene vd. conocimiento por mis anteriores, no habría hecho uso de las generosas y repetidas ofertas de Mr. Mosen, ni menos aceptado las frecuentes instancias de los Sres. Leverger y Ovin. En cuanto á este último, debo agregar algunas palabras: El había traído y dádome la noticia de que, entre *varias versiones que se daban de mi desaparecimiento*, había dos, que me molestaron mucho. Primera, la de que había venídomé á divertir con doce mil pesos trapeados á mis acreedores; segunda, la de que aburrido de un largo pleito sobre la propiedad de Pateo había desértádolo, alzando conmigo cuanto había podido realizar y dejando á mi parte contraria los acreedores y el casco. Si no las palabras, éstas eran poco más ó menos las ideas, y lo que más me atormentaba, como le será á vd. fácil pensar, que



si las hacía saber, como podía suponerse á las personas con quienes había yo venido, éstas tomarían mi pobreza por una refinada hipocresía y todas mis acciones por otras tantas falsedades. Aunque mi necesidad era grande, pues hasta mi camisa la publicaba (no usaba las de color que compré en Veraacruz, porque aquí no las usa en la calle sino la ínfima plebe, y no compré blancas allá por su alto precio, ni aquí porque primero era comer), aunque en *aquellos mismos días estaba más que á dicta* y aunque S. Ovin, al visitarme, había visto mi *tren miserable*, yo creo que el sentimiento de vanidad, por el cual creía probar que no eran ciertas estas versiones, pues me atrevía á contar con que se hacía honor á una firma mía por una persona de tan conocido carácter como vd., pudo más en mí en aquel momento que el hambre, la desnudez y sobre la repugnancia que sentía de causar á vd. este nuevo embarazo, y las ideas que tal vez excitaria en vd. tal proceder. Al fin todo esto, junto á las reiteradas instancias de mis gratuitos patrones, al reconocimiento por esta bondad de ellos y á la idea de que emplazando mi letra y dando orden á Blas para que vendiera mis libros y caballos, para que vd. no se molestara por su pago, me hicieron consentir en darla por los

doscientos pesos, minimum á que se fijó el señor Leverger, que me quería poner sobre el pie en que él mismo está.

Ya he dicho á vd. que había visto infructuosamente á los libreros Salvá y Rosa para que me dieran qué hacer; que Lasserre me dió para sólo un mes, poco menos, y que, habiéndome pagado por él veinticuatro pesos, me prometía continuarlo en términos que no me convenían. Pero no sabe vd. que me procuré, ó digo, que me busqué, sin conseguir, otros quehaceres ú ocupaciones: por todas partes tropezaba, y el destino no exigía habilidad especial, con la fianza ó conocimiento particular de la persona; y si exigía aquella, con la necesidad de pagar el aprendizaje. Hasta ví á un ruso que buscaba criado para acompañarlo á Italia y un español que lo quería para establecerse en Harlan.

Los mezquinos emolumentos del primer destino (treinta francos mensuales y la comida) y el caracter altanero del segundo me disgustaron con tiempo de la pérdida que iba á hacer de mi libertad. Dedicúeme entonces á componer una obra, que acabé, y de que tengo hablado á vd. (*Borradores del viaje de un mexicano á París*); después de muchas vueltas infructuosas, conseguí hablar de ella al se-

ñor Lasserre y me salió con que, teniendo ya más ocupaciones de las que puede desempeñar en este invierno, no podía publicarla sino pasado él. Ocúpome ahora de la definición de más de mil voces, que he reunido de las que usamos en México y no son castellanas. Tengo ya trabajadas la A y la B, no toda; estudiadas las etimologías y las de muchas palabras mexicanas, y casi asegurada la publicación por el Sr. Salvá, que habiendo prometido en la última edición que hizo del diccionario de la Academia española, publicar en la inmediata un suplemento por las voces de América, no tiene quien le dé las de México, y me pagará mi trabajo.

Estuve cursando, aunque con varias interrupciones, por lo lejos que estoy del Jardín de las plantas, la cátedra de agricultura práctica que se tiene allí gratuitamente. El invierno que se aproxima la ha hecho cerrar y no volverá á abrirse hasta el fin de Abril. El mismo invierno me impide continuar mis lecciones de trigonometría, agrimensura y formación de mapas, y casi estoy reducido á sólo escribir mi diccionario. Hace doce días que tenemos un tiempo regular; pero habíamos pasado unos amarguisimos por el frío que me ha atormentado muy á su sabor. Me voy á pasar

el invierno á Roma, porque tengo que tomar una habitación con chimenea y calentarme con fuego artificial; me cuesta casi lo mismo que ir y venir, y como en toda la Italia se vive más barato que aquí, al tiempo que la conozco y me paseo, aborro en mis gastos. Según recuerdo ya especificué á vd. todo esto en mi anterior.

Puse en manos de los Sres. Lizardi y Garro las cartas que me hizo vd. favor de acompañarme. El primero se ha dignado visitarme; los dos me han recibido muy bien y al último di mi nombramiento de agregado á la legación. ¿Qué quiere vd. que le diga de todo lo que siento por tantas bondades? Dios me conceda la vida y medios oportunos para probar que mi reconocimiento no está solo en esta carta para cumplir con la urbanidad, sino muy profundamente arraigado en mi corazón. La libranza ha sido aceptada y la cambiaré lo más tarde posible á fin de que me cueste eso menos. Sin dejar de reconocer y confesar que es vd. á quien debo este favor, le suplico me salude muy afectuosamente á D. Pedro y á Melgarejo, que han intervenido en él. El me saca de grandes ahogos, y de nuevo suplico á vd. que si es necesario haga vender todos mis libros, menos á Rosier (Diccionario de Agricultura) y

un arte de lengua mexicana, para no tener nuevos apuros por este pago. Entre mis libros hay muchos buenos; me han costado casi cuatro mil pesos y pueden sacárseles más de mil por mal que se vendan: coja vd. de ellos previamente los que le gusten, pues algunos son raros y no será fácil volverlos á ver.

Estos, mis plantas, las máquinas y las tiendas de San Juan y de Maravatio representan una parte de mi déficit, y creo que en la cuenta, que la hace subir á 16 ó 17 mil pesos, hay algún equívoco. En efecto, según puedo acordarme, las deudas principales son:

|                                               |          |
|-----------------------------------------------|----------|
| Del pago pendiente según vd. me dice. . . . . | \$ 1,200 |
| De S. Llop, el máximo. . . . .                | 1,500    |
| De S. Romero. . . . .                         | 700      |
| De Clavería. . . . .                          | 1,000    |
| De Estéves. . . . .                           | 1,300    |
| De Balbuena. . . . .                          | 400      |
| De Ondorilla. . . . .                         | 600      |
| Del Sr. Terán. . . . .                        | 900      |
| Del Juzgado . . . . .                         | 200      |
|                                               | <hr/>    |
|                                               | 7,800    |
| Echave y Marban. . . . .                      | 1,700    |
|                                               | <hr/>    |
|                                               | 9,500    |

Los acreedores de créditos cortos están pagados; para Ondorilla tengo una obligación del dueño de Torreblanca, que Urquiza me dijo era hombre de *bien* y *de bienes*: así yo creo que hay alguna equivocación en hacerlo subir hasta 17,000; sin embargo, más debo fiar de datos escritos y registrados, como los que vdes. habrán formado, que de mi memoria. ¿No fuera posible darle Pateo á algún rico, como Gómez (1) ú otro, á condición de que sin exhibir nada por precio de venta, reconociera los capitales y deudas, y con sus otros bienes ofreciera al Juzgado una garantía suficiente para que éste consintiera en permitir la desmembración de Buenavista ú otro rancho cualquiera enteramente libre? Pero si fuera posible, siempre exigiría mi presencia, y ahora consentiría mejor en perderlo todo y mantenerme aquí de *chifonero* que volver, con las habladurías tan recientes y tan venenosas, á verme el blanco de muchas murmuraciones. No, no es el interés el pecado de mi vida; y sin mi obligación de heredero y albacea, y sin la esperanza de ser útil con esos bienes, los hubiera dado al diablo veinte veces, no por ingratitud á mi madrina y á la Providencia, sino por la convic-

(1) El Sr. J. B. Gómez, su amigo, adinerado que vivía en Morelia y muy dado á la agricultura.

ción de mi incapacidad (en cierto sentido) de dirigirlos bien, y por este abandono, esta pereza española que hasta ahora comienzo á vencer.

Suplico á vd. me haga favor de remitir la adjunta á Luis Couto; está compuesta de una porción de cartitas, que le pido entregue ó mande á varios amigos. El ha sido el único que ha procurado hacerme llegar la prueba de su memoria; pero yo conozco la de todos los otros. Le suplico asimismo me disimule el haber desfigurado ésta, dividiendo su calce en cartitas para doña Zenonita (1) y los muchachitos; pero vd. sabe lo bravos que son los portes, especialmente los de Inglaterra. Pídale asimismo que mande la adjunta á su título en esa ciudad: es mi turno: S. Moser se ha dignado incluir varias mías en las suyas, ahora me pregunta si puedo incluir una en las mías. ¿Qué había de decirle? Disimúleme-lo vd.

Si al fin no puedo publicar lo que yo llamo *Borradores de mi viaje*, allá se los mando á vd., porque, como los veo con ojos de padre, he dado en creer que contienen algunos datos curiosos.

(1) La señora doña Zenona Marmolejo, esposa del Lic. D. Ignacio Alas. Falleció en México.

A pesar de mi ida á Roma, espero que se dignará vd. seguir dirigiendo mis cartas á esta capital y con el antiguo sobre de la rue Balthusa, pues he tomado las precauciones necesarias para que me lleguen siempre con seguridad, y de los informes que me han dado resulta que este es el camino más corto y cierto para tenerlas.

En el mes que entra sale para Veracruz un buque que llevará algunos bocados exquisitos, como hígado de pato, etc., y una docena de botellas de un anisete que aun á mí, que no soy catador, me gusta. Espero que vd. lo encontrará bueno.

Yo no sé en qué habrá consistido la falta de la leche, pero me consta de vista que así se hace para conservarla. No recuerdo si dije á vd. que, á fin de que las botellas estén calientes, las ponen vacías en agua hirviendo y allí es donde las llenan, lacrándolas pocos minutos después. Una de las cosas que he aprendido ó que, á pesar de su sencillez, merece saberse, es el modo de hacer la ensalada de lechuga. Es necesario no mojar la lechuga ni con el pretexto de lavarla, y aun cuando, por estar interiormente sucia, se tengá que lavar, será necesario dejarla escurrir bien. Se despedaza con las manos, y no con cuchillo, para evitar el óxido

que resulta (aquí llevan las precauciones hasta tener, aún en las mesas de mayor tono, cuchara y tenedor de palo *ad hoc*); se echa en aceite suficiente la sal molida; se revuelven bien los pedazos hasta quedar untados del aceite, y hasta lo último se echa un poco de buen vinagre. Increíble es la diferencia que hay entre esta ensalada y la nuestra. Para más asegurar el cocido, mande vd. comprar aceite francés, que, como vd. sabe, está hecho antes de que fermenten las aceitunas, único defecto que tienen nuestros excelentes aceites. Pero la ensalada por excelencia se hace así: Se bate mucho, mucho, una buena porción de aceite con sal y jugo de limón, hasta darle la vista de yemas batidas, la lechuga se despedaza como ya está dicho, y una polla gorda muy cocida y hecha cuartos se hierve en mantequilla, y digo hierve, porque no ha de endurecerse como asado, sino sólo penetrarse bien en cantidad abundante de esta grasa. Colócase en el platón una capa de lechuga, encima los pedazos de polla; cúbrense éstos con más lechuga y el todo con el aceite batido que se echa por encima. Es un plato de lujo, pero muy sabroso. A propósito de mantequilla, basta para quitar lo rancio á cualquiera que lo esté, por mucho que lo esté, y sin per-

judicar la salud, batirla con agua que contenga de 12 á 15 gotas de buen cloruro de cal, por libra, y lavarla después con agua limpia. Pocas veces es necesario repetir igual batida, y raramente se necesita por tres veces. Este mismo cloruro de cal sirve para quitar á toda especie de legumbres el mal olor ó gusto que hayan adquirido, dejándolas una media hora en agua que contenga una septuagésima parte de él. El mejor método de conservar los huevos indefinidamente, es meterlos en una fuerte disolución de goma, á frío, ponerlos á secar y colocarlos dentro de una vasija, llenando los intersticios de cisco de carbón; éste mantiene una temperatura igual y la goma impide la evaporación. A mí me ha parecido curioso y fundado en buena física el sencillísimo método que aquí tienen para amolar los instrumentos, sean cuales fueren, hasta las navajas de barba, y consiste en dejarlos una media hora ó más en agua mezclada de una vigésima parte de ácido sulfúrico; pasándolo en seguida sobre un cuero de asentar. Donde primero noté tal maniobra fué en un segador de zacate, que mientras rastrillaba, metía la guadaña en una canal de palo; en vez de darle continuamente con la piedra cilíndrica que les he visto á otros. Este segador trabajaba en el

jardín del Rey y á mi instancia me hizo conocer su método, que después he sabido está en grande uso para todo instrumento. Otra cosa que también me parece curiosa. Cuando se quiere asegurar la duración de maderas blancas ordinarias en puertas, ventanas ó muebles cualesquiera, se les da una mano de pintura al óleo espesa; antes de que seque, se les echa arena lavada seca y cernida cuanta coja la pintura; y seco el todo, se da encima otra mano de pintura; dando fuerte con la brocha á fin de que penetre bien la arena. El café, para que conserve todo su aroma y gusto, debe hacerse en frío: acabado de tostar se enfría arropado en un lienzo, se muele y se echa sobre un cuartillo de agua fría cuatro onzas de este polvo, se revuelve bien, se deja asentar y se decanta con cuidado, haciéndolo pasar por un lienzo fino. Una cucharada de esta fuerte infusión echada en una taza de leche ó agua caliente, tiene mucho mejor gusto que el café preparado por los medios corrientes y está siempre pronto. Se me olvidaba y esto importa. Cuando la leche se ha cortado, puede volverse á reponer con una cucharada de la disolución que ahora diré (cucharada por cuartillo); si no basta, se sigue agregando gota á gota hasta que los granos se disuelvan

y la nata comience á formarse: luego se deja cocer del modo común. Onza y media de subcarbonato de sosa se disuelve en un cuartillo de agua tibia y se guarda en una botella para el uso. Un modo que me parece preferible á todos los que conocemos para comer las alcahofas es éste: Cocidas y á raer con una cuchara la parte raible de cada hoja: con esta masa y el grueso fondo del cáliz cortado en pedazos menudos, se hace como una ensalada, echándole aceite, vinagre, sal y un poco de queso rayado: fórmase después esta pasta en cilindritos que se envuelven en huevo batido y se frien del modo ordinario.

La vida que presenta París, al acercarse el invierno, es enteramente distinta de la que le he conocido en el resto del año. Ya están abiertos 22 teatros, de los que sólo he dejado de ver los muy caros, como el de la Opera italiana, que cuesta dos pesos por persona en el patio; la grande ópera, que cuesta 6 francos, etc. De todos estos teatros, ocho al menos tienen su género particular. En la ópera italiana hay serio y bufo, lo mismo que he visto en México. En la grande ópera, otro tanto; pero, además, hay bailes pantomímicos; el canto es en francés y las piezas que se representan son compuestas por hijos del país. En la ópera có-

mica (otro teatro, el más bonito que tiene París) no todo lo que se representa es alegre, sino que su diferencia consiste en que el canto y la representación declamada están unidos en cada pieza por intervalos. El teatro francés, llamado así por excelencia, sólo usa la comedia y la tragedia clásicas, las obras de los grandes maestros. El Vaudeville representa piezas del mismo nombre, generalmente cómicas y cuya principal nota característica consiste en un malditísimo canto que á cada paso corta la declamación, regularmente en arias, pero también dúos, tercetos y aún coros; todo de la real fábrica de Macharabiaya, es decir, malo como las antiguas barajas españolas que tenían esta leyenda. El drama es la quinta esencia del romanticismo: *pluralidad* de tiempos, de personas y aun de asuntos, anacronismos, falsos testimonios históricos; hasta inverosimilitudes palpables, todo esto es permitido, con tal de excitar fuerte la imaginación del espectador. Los hay con cinco ó seis asesinatos, otros tantos envenenamientos, dos ó tres conjuraciones y una ó dos personas que se vuelven locas. Cual abraza diez, cual veinte y cual hasta treinta años, que el pobre espectador tiene que sufrir *viendo*, como Daniel pasó sus dos luengos descansos *durmiendo*. Dos teatros hay para pro-

digios en cuentos, duendes, apariciones, hadas y demonios. Dos, cuyos actores son todos muchachos, y uno, que sólo representa en pantomima. Y le protesto á vd. que no espero ver pais en que la mimica esté más adelantada ni más extendida por todas partes. El principal desagrado que hay en los teatros es tener que esperar mucho tiempo antes de que se abran los despachos, arredilados en estrechas barandas y haciendo lo que aquí llaman cola. La necesidad de hacerla depende de que los asientos del patio no están numerados, ni aún divididos; los teatros son chicos y todos quieren, no sólo entrar á tiempo de tomar buen lugar, sino lo que es más, asegurarse de él. Las representaciones comienzan entre cinco y media y siete y duran algunas veces hasta media noche, porque representan siempre tres ó cuatro piezas; cuando menos dos de buena talla. No deja de estorbar un poco á la concurrencia de los teatros la costumbre de comer á la misma hora en que éstos se abren, y aunque sé la explicación de esto, que parece contradicción en las costumbres, sería muy largo entrar en ella. Los precios más comunes son para el patio, desde dos francos hasta diez sueldos ó medio franco. El patio es tan inquieto, tan ruidoso y turbulento, como nuestro antiguo mosquete, y

sus asientos no tienen respaldo, lo que es muy desagradable para estar 6 horas en ellos. Conciertos, bailes y otras diversiones públicas igualmente concurridas abundan, pero no las he visto. Ya ve vd., por mi fecha, que estamos apenas á 10 de Noviembre. Pues ya comienzan los preparativos del carnaval, que aquí es una verdadera y escandalosa bacanal.

Una de mis grandes diversiones es ir á las iglesias de los varios cultos que hay aquí; en aun la Romana se encuentran ceremonias tan chistosas, y tan nuevo es en parte para mí el ritual francés, que á veces necesito hacerme violencia para no estallar de una carcajada.

Fuí el día de muertos al Padre La Chaise (así se llama uno de los principales cementerios de París) y quedé encantado de las costumbres francesas sobre este punto y sobre todo del buen gusto en los sepuleros y la magnificencia, variedad infinita y elegancia de muchos de ellos. Enternece ver á la viuda, al huérfano, á los padres, hermanos y amigos, ya llorar sobre los que amaron, ya depositar sobre ellos coronas de inmortales, de ciprés ó de papel. Yo estuve muy triste, y sobre todo de una humanidad que no iba en zaga á la de Séneca, Epicteto ó Rochefoucauld.

Son las tres de la tarde (11 de Noviembre)

estoy junto á mi ventana y, sin embargo, escribo á la luz de la vela. El día que sale el sol, hasta las arañas salen á los jardines ó á los *boulevards*, y no se habla más que del *bon temps*.

Se está acabando el papel y me falta mucho que decir. Atendréme, así, á lo principal. Ud. sabe que hay muchas cosas que por bien que se sepan sentir, no es posible explicar bien: entre éstas debo contar todo lo que he sentido de amor, de ternura, de pesar, de reconocimiento en las varias veces que he leído la de vd. Dios quiera ayudarme en mis buenos propósitos, alargar la vida de vd. para ver su fruto y con vencerse entonces por mis obras de que mi gratitud procurará alzarse hasta la altura de los beneficios que debo á vd. En cuanto á cariño nada le debo, pues que todo el que es capaz de sentir mi corazón por quien es al mismo tiempo mi padre, mi guía, mi protector y mi amigo, todo éste le tengo, y con él los más ardientes votos por su felicidad, los más tiernos recuerdos de su bondad, las más sinceras gracias por sus favores y la más firme protesta de que procuraré merecer su aprecio. Si vd. se muere, muera seguro de que seré, cuando más no pueda, el fiel criado de sus hijos.

MELCHOR OCAMPO,